

Sobre el origen y la historia de la universidad según J. H. Newman

DAVID ANTONIO YÁÑEZ BAPTISTA

ORCID: 0009-0001-4593-6617

DOI:10.62860/AP.02.14

NEWMAN, J.H., *Auge y progreso de las universidades*, prólogo de Higinio Marín, Editorial Encuentro, Madrid, 2024, 296 pp.

En el origen y la meta de nuestras acciones y, en general, de nuestro proyecto de vida, estriba el sentido de nuestras biografías. Cuando esta está todavía empezando, llena de posibilidades, augurando promesas y experiencias imprevistas, el momento en el que los adolescentes salen del instituto y tienen que elegir una carrera universitaria, la cual condicionará luego el tipo de trabajo al que podrán dedicarse, es quizá una de las primeras situaciones en las que los jóvenes tienen que hacer un alto en el camino para pensar en ello; en qué van a hacer y, sobre todo, con qué justificación. ¿Por qué y para qué van hoy los jóvenes a la universidad? ¿Con qué motivos y finalidades? Puede tratarse de razones muy diversas: quizá porque sus padres quieren que estudien una determinada carrera con salidas y se sienten presionados por ello, o bien ellos mismos han conocido de un modo u otro algunas privaciones económicas que una debida cualificación profesional piensan que evitaría; tal vez estudian porque simplemente se sienten cómodos haciendo lo que todo el mundo hace o, en el mejor de los casos, porque algún profesor en el instituto logró contagiarles el gusto por ciertos estudios. Las finalidades también son muchas: conseguir un trabajo con el que ganar dinero, u obtener placer haciendo bien lo que a uno le gusta, o también alguien especialmente vanidoso puede querer formarse

para lograr fama y admiración en el futuro (escribiendo libros, o haciendo alguna otra cosa que llame la atención).

En todo caso, la universidad está ya ahí, funcionando con independencia de los intereses individuales y generacionales de la juventud, que no tienen por qué coincidir con los intereses de la sociedad. Las sociedades han mantenido las universidades a lo largo de la historia en la medida en que responden a unas necesidades sociales. Sin duda, la preparación de los futuros profesionales es la urgencia social más obvia a la hora de justificar la institución universitaria, cuya existencia está respaldada por la opinión pública de las generaciones pasadas. La sociedad no necesita a nadie individualmente; no necesita a Pedro ni a Juan, necesita que un cierto número de personas aptas sean universitarias, y en distintas facultades, para el relevo generacional en el ejercicio de las profesiones. Por eso, para muchos jóvenes, en el cruce de caminos que es siempre la vida, la universidad estará ahí como una de sus posibilidades. Si siguen esta trayectoria, harán en ella lo mismo que hicieron sus antecesores (estudiar), pero lo harán por ciertas razones. Y acaso no sean las mismas que a lo largo de la historia, remontrándonos al propio origen de la universidad, han llevado a los auténticos estudiantes una y otra vez al templo del saber.

En efecto, en todas las formas de vida, personales y colectivas, hay grados de autenticidad; por ello, muchos pueden dedicarse aparentemente a lo mismo, mas por razones muy distintas, y muchas sociedades a lo largo del tiempo pueden tener universidades, pero con intereses divergentes. La necesidad que verdaderamente lleva a un estudiante a la universidad tiene que ser personal; más aún, personalísima. Es la necesidad de saber a qué atenerse en la vida, de tener un mapa del universo, de saber cómo es el mundo y cuál es nuestra misión en él. Ahora bien, hay dos opciones: o uno descubre por sí mismo esa orientación intelectual en la vida, o son otros los que nos proporcionan esta orientación. En el primer caso, la necesidad angustiosa de pensamientos luminosos busca un saber que ni siquiera hay, ya sea absolutamente, ya sea porque el estado actual del saber es insuficiente. En el segundo caso, en cambio, el saber está ya ahí y hay una necesidad deliciosa de aprenderlo.

La primera situación es la propia de las escuelas filosóficas griegas, que el nuevo doctor de la Iglesia, san J. H. Newman, describe en uno de los capítulos de la reciente traducción española de una obra que complementa perfectamente *La idea de la Universidad*, titulada *Auge y progreso de las Universidades*. Uno tras otro, el autor hace desfilar en este capítulo del libro a los grandes nombres del pensamiento, líderes de sus propias escuelas (cf. pp. 69 -82): la Academia de Platón, el Liceo aristotélico, el jardín de Epicuro o el pórtico de Zenón —escuelas a las que acudían, tras viajes arriesgados y quizá sin grandes haberes, otros tantos hombres que llegarían a ser importantes, como Cleantes, san Gregorio Nacianceno, san Basilio, Eunapio de Sardes, entre otros muchos—. Para Newman, el origen de estas escuelas

—a las que no tiene reparo en llamar “universidades” (p. 119), aunque diga que no se parecen a las actuales (cf. p. 143)— está en la influencia personal de los pensadores, en su carisma, en la atracción que ejercen sobre los demás. En este sentido, se entiende que los sofistas también sean el objeto de otro capítulo (cf. pp. 83 -95). Aunque extraña que Newman sea tan benigno con ellos, sin comparar la voluntad de verdad del filósofo genuino con la voluntad de poder del sofista (distinción crucial, por ejemplo, en los escritos de R. Guardini sobre la universidad).

Ahora bien, según el santo doctor, a Atenas le faltaba algo: ejercía influencia, pero no tenía orden. Según leemos en el capítulo dedicado a la influencia intelectual ateniense: “Ni todo el celo del profesor y la devoción del alumno, ni la sed de dar y recibir, ni la profusión de demanda y provisión servirán a una universidad, si no se prevén modos de mantener la autoridad y la disciplina, si a la persuasión de lo bello no se añade el terror de la ley” (p. 123). Como añade Newman de un golpe: “La influencia no era suficiente sin el mandato. Esta es también la razón por la que Atenas, con todos sus elevados dones, fue deficiente, no sólo como universidad, sino también como imperio” (p. 123). La disciplina faltante la aportó luego la expansiva Macedonia de Alejandro Magno: “Creador de un vasto imperio, tenía el talento de la organización y la administración, cosas ajenas al espíritu ateniense” que le permitieron llevar la sabiduría hasta donde su poder se extendía (cf. p. 130). Ptolomeo, a la muerte de Alejandro, continuó ese patrocinio del saber, simbolizado en la biblioteca del Museo alejandrino. Newman cuenta que Ptolomeo reunió a los mejores pensadores, que llegaron a Egipto bien mantenidos y agasajados, atrayendo con ello también a toda una diversidad de jóvenes que llegarían a ser grandes escritores y doctores cristianos (cf. p. 136), entre otras muchas personalidades. De nuevo, Newman tampoco tiene reparo en llamar *college* y universidad a la escuela alejandrina (cf. pp. 134, 139). Cosa distinta ocurre con la gran civilizadora, la administrativa, reglamentada e imperial Roma. En este caso, “las escuelas romanas responden poco (...) a una idea precisa de universidad moderna (...) eran para niños o, como mucho, *adolescentuli*” (p. 143). Entre los catorce y los veinte estudiaban oratoria, filosofía, matemáticas y derecho; si estudiaban derecho, por ejemplo, en Beritos, podía prolongarse hasta los veinticinco (cf. p. 141).

Después de dedicar un capítulo a contrastar con la influencia ateniense las disciplinas macedonia y romana (cf. pp. 129 -144), el siguiente capítulo (cf. pp. 145-155) versa sobre la caída del Imperio Romano de Occidente y el consiguiente refugio del saber entre los clérigos, en una época en la que la rudeza de la existencia absorbía todas las energías humanas —sin poder hacer más que transmitir las enseñanzas de los Padres de la Iglesia sin discusiones ni ulteriores elaboraciones— (cf. p. 153). Como buen inglés que se dirige a los irlandeses (no olvidemos que Newman fue el primer rector de una nueva universidad irlandesa), el cardenal dedica otro capítulo (cf. pp. 157-170) a recordar que, en este punto, “las escuelas de los claustros irlandeses fueron

en aquel tiempo las más célebres de todo el Occidente” (p. 165), siendo los siglos VI y VII la gloria de la Iglesia anglosajona, y los siglos VII y VIII la de la irlandesa (cf. p. 168). Por ello, buscando un renacimiento, “Carlomagno se dirigió a las dos islas del norte en busca de una tradición”, como se explica en otro capítulo (cf. pp. 191-202). Pero tuvieron que pasar siglos para que las escuelas impulsadas por Carlomagno dieran paso a las universidades (cf. p. 197), que Newman se detiene a diferenciar (cf. pp. 201-202). Después, del comienzo de las universidades se habla en un capítulo dedicado a los orígenes de la escolástica (cf. pp. 203-219) y en otro centrado en la figura de Pedro Abelardo (cf. p. 233-244).

En el resto de los capítulos, dadas las circunstancias del autor —sacerdote e inglés, rector de una universidad irlandesa—, es natural que se ocupe de la antigua universidad dlinesa, de los *colleges* de Oxford o de la importante labor del papado. Son capítulos que complementan y centran desde la perspectiva de Newman el peculiar recorrido histórico que el autor hace. Con todo, es verdad que el título del libro, *Auge y progreso de las Universidades*, quizá no sea el más adecuado para este recorrido. Newman atiende, desde luego, al auge —o quizá, mejor, al surgimiento o emergencia (*rise*)— de las universidades en el Medioevo. Pero no persigue tanto su trayectoria posterior, su progreso (como se dice en el título). Mas bien, el cardenal Newman hace una prehistoria de esta institución europea, remontando su origen hasta las escuelas filosóficas griegas.

Ahora bien, como comenta Higinio Marín en el prólogo del libro, el reciente doctor de la Iglesia no sólo busca el origen temporal de la institución universitaria, sino también su principio esencial en la vida humana (cf. pp. 9- 10). Por eso, en toda la prehistoria y en la presentación que se hace de las universidades medievales, asoma aquí y allá la siguiente idea: si la universidad es un lugar en el que se busca y se transmite el conocimiento, se trata de una institución que responde a una necesidad de nuestra naturaleza (cf. p. 43). Para Newman, platónicamente, esta necesidad no se colma acudiendo simplemente a los libros impresos (o, como diríamos hoy, a los digitales y, en general, a Internet). Para Newman, “ningún libro puede responder a la gran cantidad de minuciosas preguntas que pueden formularse (...) ni puede plantear todas las dudas que podrían tener los sucesivos lectores”. Sobre todo, habla Newman de “los ojos, la mirada, el acento y el gesto” (p. 45), del “detalle, el color, el tono, el espíritu, la vida que hace que esa disciplina viva en nosotros..., todo eso debe uno recibirlo de aquellos en los que ya vive” (p. 46). En suma, “debemos acudir a quienes enseñan sabiduría para aprender sabiduría” (p. 46). Y para eso está la universidad.

Se entiende, entonces, que Newman conceda tanta importancia al principio de la influencia personal. Exactamente como Ortega pensaba que las necesidades creadoras de la vida individual se convierten con el tiempo en necesidades colectivas que se regulan, administran y controlan, así leemos

aquí que “las universidades son un caso del mismo proceso (...) Al principio, todo el bien que pudieron hacer lo propició la labor de las personas: el esfuerzo personal, la fe en las personas, el afecto personal” (p. 115). Sin embargo, “con el paso del tiempo, se vio que la influencia personal no dura eternamente, que los individuos abandonan un día su trabajo, que mueren y que no se puede depender de ellos para siempre” (p. 116). De ahí que sea preciso que la vida interindividual entre maestros y discípulos se convierta en un lugar vacío que cualquiera pueda ocupar, siempre y cuando se cumpla con unas exigencias, con las regulaciones normativas que encauzan ese tipo de vida que sólo en sus inicios tuvo un gran impuso creador. Mas Newman no niega la disciplina en favor de la influencia, sino que exige ambas. La esencia (o causa directa) de la universidad está en el principio carismático, pero la integridad (o condición de la continuidad de la causalidad) está en la ordenación normativa (cf. p. 111). Y si la norma salvaguarda la continuidad, el carisma rejuvenece el orden rutinario. En este sentido, para el cardenal, la universidad tiene que ser el lugar de la influencia, mientras que los *colleges* representan el lugar de la disciplina. Ciertamente, los *colleges*, como mucho aproximables a nuestras residencias y colegios mayores, no nos son tan familiares en España. En cualquier caso, la idea principal es lo que cuenta: la mera burocracia administrativa, las normas y los usos de la universidad no bastan para que la institución sea lo que auténticamente es. Hace falta el impulso siempre renovado de una nueva influencia personal.

Es verdad, en fin, que la universidad también proporciona una formación profesional, como reconoce Newman en *La idea de la Universidad*. Y también es verdad que, en esta misma obra, el cardenal se cuida de distinguir la investigación del estudio universitario, señalando que el avance del saber no siempre ha tenido lugar en la universidad, pues no es lo mismo ser profesor y ser investigador (cosa, por cierto, hoy poco entendida, pero que tanto Ortega como Morente, por ejemplo, dejaron claro entre los hispanohablantes). Sólo en algunos casos podrán coincidir ambas figuras, sin ser ello una exigencia esencial de la universidad. Y ello porque la universidad es una institución social que, como tal, tiene que atender al hombre medio. El hombre medio necesita, ciertamente, que se formen investigadores, pero también necesita, simplemente, acudir en masa, como en nuestros días, para que las muchedumbres sean personas cultas, tal como insistía Ortega en su *Misión de la Universidad*. De hecho, Newman también pedía, antes que la profesión y que la investigación, una cultura verdadera para el hombre —es decir, integral— sostenida en una ciencia de todas las ciencias y adquirida merced al ejercicio de un buen hábito mental, metódico, paciente y riguroso, lleno de virtudes intelectuales que mantuvieran en forma la capacidad intelectual del hombre medio que se ha cultivado. Sin ese hábito mental, adiestrado para una visión abarcadora de toda la realidad y de cada una de sus partes —que es lo que Newman entiende por *actio philosophica*—, ni siquiera podría seguir avanzándose en la investigación, salvo por la buena

fortuna de la mecanización especializada. Por ello, en lo que respecta a la universidad, se trata, para el santo doctor, del saber bien poseído como de un fin en sí mismo, el propio de una educación liberal. Esto no significa que no sirva para nada; al contrario, es la condición de la plenitud de la vida. Nos pone en forma para afrontar la realidad, como la salud nos pone en forma para movernos y obrar. Pero no es servil, no es una receta técnicamente aplicable a fines particulares cualesquiera. Es, dicho orteguianamente, la técnica de la vida auténtica.

En definitiva, la necesidad de saber a qué atenerse es la justificación que habría de llevar al hombre actual a la universidad. Como es la necesidad primaria (por tanto, sin excluir la necesidad de prepararse para una profesión, ni la de ganarse la vida) no puede ser, como regla general, la necesidad angustiosa del pensador fecundo, esto es, la del investigador que crea y recrea el saber. Ni por talento ni por vocación podemos ser todos como Platón o como Aristóteles. Sería injusto y utópico exigir que todo el que pasa por la universidad tuviera que sentirse intelectualmente movido por la búsqueda incansable de nuevas y más altas verdades. Ahora bien, el investigador que también sabe enseñar puede seguir ejerciendo su influencia personal, así como el mero profesor puede, también, transmitir con entusiasmo sus conocimientos. En fin, esto significa que, sin dejar de tener voluntad de verdad, el estudiante tiene que estar en la universidad para algo más modesto que la investigación, pero no menos importante: tiene que tomar posesión de la cultura heredada, que es lo único que le permitirá vivir una vida plenamente humana.